



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Quiero lavarme las manos
Rossana Viñas
Letras, (9), e223, artículos, 2020
ISSN 2524-938X | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Quiero lavarme las manos

Por **Rossana Viñas**

rovinas06@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0001-6048-1537>

Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata - Argentina

Resumen

Soy virginiana: sol en Virgo, luna en Tauro y ascendente en Sagitario. Agradezco a Sagitario su libertad, sino la cuarentena hubiese hecho más estragos en mí de lo que ha hecho, Virgo con el orden y disciplina. Quienes me conocen lo saben: prolijidad y orden; los libros de mi biblioteca están ordenados por secciones y catalogados, y barro y perfume casa antes de irme a dormir y al levantarme... imaginen lo que ha hecho la covid-19 en mi psiquis de Mónica Gueller... El siguiente relato es la consecuencia de tanta tierra en mi carta astral con una fuerte dosis de pandemia y consejos del Doctor Cahn.

Palabras clave

cuarentena, lavado, manos, obsesiones, limpieza

*El sueño posee una maravillosa poesía,
una exacta facultad alegórica,
un humorismo incomparable y una deliciosa ironía.
El sueño es la liberación del espíritu
de la presión de la naturaleza externa.*

Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños*, 1899.

«Nadie puede moverse de su residencia, todos tienen que quedarse en sus casas... todos los argentinos deberán someterse al aislamiento social preventivo y obligatorio», así nuestro presidente Alberto Fernández nos anunciaba el Aislamiento Preventivo y Obligatorio (ASPO) frente al avance de la covid-19 en la Argentina, allá por marzo de 2020.

Y empezarán las recomendaciones que rigen hasta hoy.

Quedate en casa.

Lavarse las manos con jabón frecuentemente (dos veces el feliz cumpleaños).

Usá barbijo.

No tocarse la cara.

Estornudar y toser en el pliegue del codo.

Limpiar los objetos de uso diario.

Ventilar todos los ambientes.

No compartir el mate, la vajilla y demás objetos de uso personal

Evitar los lugares concurridos.

Reducir el contacto físico con otras personas, evitar los besos, los abrazos y el contacto físico.

Si tenés tos, resfrío, dolor de garganta o dificultad para respirar quédate en tu casa y evitá el contacto con otras personas.

Quedate en casa.

El pasillo estaba vacío y pulcrísimo. Las puertas de los consultorios cerradas y no se escuchaba sonido alguno. La cuestión de los ruidos y sonidos a determinadas horas, desde que comenzamos el ASPO ha cambiado notablemente, pero no deja de sorprenderme.

Se me vino a la cabeza la última vez que había estado en la guardia de Ipena a las once de la noche de un sábado del invierno pasado, por un dolor de oído. La antítesis de la imagen de hoy: esa noche éramos quince en ese lugar, sentadxs unx al lado del otro, entre estornudos y tos, dolores hepáticos y quién sabe cuántas cosas más. Tres horas estuve hasta que me atendieran. Hoy, me corre un escalofrío por el cuerpo de sólo imaginarlo.

Allí, el silencio seguía. Por allá lejos, de vez en cuando, sólo se oía alguna puerta y se veía a algún enfermerx acarreando una camilla o se escuchaba el ruido metálico de utensilios siendo manipulados. Silencio. Una pareja, sentada a dos metros de mí, también esperando el llamado.

Los pensamientos en mi mente iban a más kilómetros de los que suelen ir en la vida normal. Yo, muy quietita ahí, esperando también que me nombren. Tenía miedo de tocar cualquier cosa. Y si apenas rozaba las manos con el asiento, sacaba el alcohol en gel de la mochila y dale que va. Por momentos, me preguntaba qué hacía allí, aunque rápidamente ese pensamiento se disipaba, pronto volvía y me decía: «¿Era realmente necesario venir en este momento? ¿No podías esperar?»

No era el mejor momento para ir a una guardia. Claramente no estaba bueno, sin embargo, ya estaba allí... había sacado el permiso, me había trasladado en medio de una ciudad, con todos los protocolos, miedos e incertidumbre. Al llegar, me habían tomado la temperatura y los datos personales, además de sanitizarme por completo... pensé en irme, pero... estaba ahí. Había aguantado todo lo que podía. Ya no. Estaba ahí.

Mientras esperaba, quietita (ya lo dije), pensaba: Alberto, el Dr. Cahn y todos los infectólogos que asesoran al gobierno en la pandemia había encontrado en mí, la estudiante ñoña que cumplía con todo lo que decían.

Miré la hora. Las cinco de la tarde. De verdad, me extrañaba la quietud del lugar sin embargo me permití no tener el control como buena virginiana aunque bien es cierto que allí, no era posible.

La pareja sentada a dos metros de distancia también estaba nerviosa. Podía sentirlo. Compartíamos la inseguridad de no saber quiénes éramos, en un lugar cerrado y sin saber por qué estábamos allí. Los ojos de ella asomaban por arriba del barbijo, como tratando de disimularlo y se cruzaban con los míos y en ese instante, sentíamos lo mismo: queríamos que nos atendieran lo más rápido posible e irnos.

De repente, la puerta se abre y asoma él. Mi cara se ilumina. Y pronuncia las palabras: «Marcela Giusti»... y bueh, a seguir esperando. Entra ella y él espera conmigo, a dos metros de distancia, en ese pasillo que cada vez es más frío, silencioso y con ese aroma a antiséptico penetrante. Fueron treinta minutos. Miré cada uno de ellos avanzar lentamente en el reloj. Los sentí como horas. En un viaje con amigxs, acuñamos una frase que siempre recuerdo: «Nunca voy a llegar a...» Aquí la resignifiqué en: «Nunca va a salir Marcela del consultorio».

El instante en que se volvió a abrir la puerta fue sublime. La pareja se marchó no sin antes mirarnos... hubo algo de la empatía que quizá este tiempo nos deje de «ojalá no sea nada». Lxs tres lo supimos sin cruzar palabra alguna.

Esperé ansiosa el llamado. Era mi turno. Sabía que ahora debían sanitizar todo antes de que yo pudiera escuchar mi nombre. Escuchaba el sonido del gatillo del pulverizador de alcohol... ya casi... y el doctor asomó:

—Rossana Viñas.

—Sí, yo.

—*Antes de entrar, tenés que lavarte las manos, por favor.*

¿Eh? ¿Qué onda?

—*Andá al baño, sanitizate y volvé, por favor.*

¿Habla en serio? ¿Posta? ¿Y el baño?

Empecé a caminar en su búsqueda. Caminaba por ese pasillo buscando la señalética que me indicaría el lugar. Y caminaba... Y caminaba alejándome del doctor. La señalética no aparecía y yo me quería ir. La virginiana había perdido el control. Ese lugar no aparecía... miré hacia atrás y el doctor ya no estaba. ¿Me había perdido? ¿Cómo iba a volver? Y de repente, la señalización se hizo presente. ¡Felicidad! Abro la puerta, abro la canilla, aprieto el dispenser de jabón y... ¡No hay jabón!

Escucho el sonido de una sirena de la Comisaría 9na. Fuerte, muy fuerte en medio del silencio nocturno de la cuarentena. Tengo que pensar dos veces dónde estoy. Mi casa, mi habitación, mi cama... *Oh, my God...* en fin... me doy vuelta para seguir durmiendo.

Pasan uno o dos minutos. No puedo controlarlo.

Me levanto y voy al baño. Claro que sí. Vos sabés que sí. A lavarme las manos. Y en mi baño, que sí hay jabón.

En fin...